

EL CONCIERTO DE AYER

Cziffra: El ambiente, la técnica y la sensibilidad

Una previa confesión de parte: creo que no “entre” en el contenido del concierto hasta la penúltima pieza del programa, la “Appassionata” de Liszt. Esa página y la rapsodia húngara número 2 creo que fue en las dos únicas piezas que logré “sentir” —,que no es lo mismo que oír— íntegramente. Y tengo mis dudas respecto a si al intérprete, al excepcional pianista Gyorgy Cziffra, no le sucedió algo parecido. Porque es que anoche el protagonista del concierto fue el ambiente. Y con mala fortuna para todos.

El teatro estuvo lleno totalmente, incluidas las sillas colocadas en el escenario y las entradas altas. Pero es que hubo quien a las nueve y cinco minutos (casi una hora después de iniciarse el programa y estando aún en su primera parte) seguía entrando a la sala mientras el pianista ejecutaba. Y eso sucedió en todas las piezas, incluidos palcos y pasillo central. Y las butacas hacían un ruido infernal. Y de la calle llegaban los ecos de tubos de escape de muchos decibelios. Y en la segunda parte la gente en lugar de esperar a que finalizara el “Vals Impromptu” de Liszt buscaba su sitio en la sala. Y un fotógrafo paseó por la sala (haciendo perder atención al público más que al pianista). Y la sala se llenó de humo de cigarrillos después del descanso. Y se incrementaron los golpes de tos. Como comprenderán un ambiente muy poco propicio, nada propicio, para interpretar ni para “sentir”. ¿Tendrá remedio en próximos conciertos?

De Chopin y Liszt poco puede decirse que no se conozca. Quizá que para que un programa como el de ayer, dedicado íntegramente a dos autores, no canse, es necesario que las interpretaciones sean fuera de lo normal. Que hagan olvidar tanta versión escuchada sobre esas piezas. Y quizá —me remito a la confesión de parte inicial— Cziffra tuvo más técnica que emotividad. Una ejecución perfecta. Un ritmo ajustado. Una limpieza de sonidos —¡cuánto ha mejorado el piano sobre el primer día!— perfecta. Pero... creo que le faltó emoción, más sentimiento, calor, en suma. ¿Influyó el ambiente? Es posible. Pero un programa de música romántica, con piezas conocidas, sin emotividad...

En Chopin el intérprete se alejó de la parte épica que pueda existir en algunas de sus piezas, en especial en la “heróica”, para ofrecernos un Chopin intimista, contrario al “teatro” de otros románticos, con “su aire” (Impromptu). En los valsés, sobre todo en el último, hubo elegancia en la melodía, gracia en el ritmo y juego de sonoridades. La balada, la cuarta, fue en las manos de Cziffra dominio de forma y sentimiento poético, quizá el momento más logrado de la primera parte. En la segunda, Liszt tuvo a nuestro parecer momentos más felices. Pudimos seguir, de “las manos” de Cziffra, las nuevas revelaciones que del instrumento hace Liszt, y las dimensiones orquestales que le otorga. El “sueño de amor” —interrumpido por cuatro o cinco ruidos ambientales— tuvo el ministicismo que el compositor magiar supo insuflar a parte de su obra. Las tres últimas piezas, pero en especial la “Appassionata”, fueron por parte de Cziffra manifestaciones de energía, explosiones nerviosas, accidentes dramáticos y episodios épicos. Justo lo que Liszt al componerlas quiso que fueran.

Poco más. Cziffra, “Je suis tellement fatigüe”... “Eludió los bisés. Y dejaba en el público la constancia de su depurada técnica y quizá el deseo de escucharle en una nueva ocasión sin tanto protagonismo del ambiente.